



Buscando... las llaves, las rutas

Pedro Buda

© 2011 Bubok Publishing S.L.

1ª edición



Impreso en España / Printed in Spain

Impreso por Bubok

Dos palabras

Este proyecto fue alcanzado tras largas jornadas de jugar con la imaginación, con los recuerdos de conversaciones mantenidas con mucha gente.

Si escribir cuentos es un placer para mí, el realizar este trabajo fue todo un desafío. Crear los personajes y desarrollar sus acciones fue una aventura interesante.

Es mi primer trabajo terminado de largo aliento. Hay otros proyectos que deseo emprender, que tienen un camino recorrido, pero que aún están en fase de maduración. Hay material que puedo tenerlos como incubando por tiempo, y en algún momento, parecen estar listos para ser escritos.

Como es mi primera novela, todo es experimental. Me gusta creer que existen múltiples maneras de contar historias, que hay un lugar y una forma para decir, para ilustrar sobre algo. Cada uno completará desde el lugar que lea, la novela. Los baches, las cosas que faltan, todo el sabor, el color, el perfume que necesita para ser una historia agradable, lo podrá agregar el lector o no. Pero de entrada sé que este camino no lo emprendo sólo, sino que es un diálogo permanente entre quien escribe y quien lee, es una búsqueda de las llaves para mostrar algo, de la ruta para decir.

No puedo pretender que esta novela sea perfecta ni mucho menos, sólo espero alcanzar el objetivo de que sea interesante de leer hasta el final.

Los caminos, y la gente que habita estos caminos, son los personajes. Las rutas son el verdadero hilo que une a las distintas narraciones que van surgiendo de boca de los personajes-narradores.

Walter Hugo Rotela
2011

Índice

Dos palabras.....	4
Capítulo I.....	6
Capítulo II.....	24
Capítulo III.....	43
Capítulo IV.....	77
Capítulo V.....	86
Capítulo VI.....	94
Capítulo VII.....	102
Capítulo VIII.....	146

I

Mientras termina de cruzar el puente, sobre el río Manguruyú, con el sol detrás y la luna asomando, lentamente, por el frente, sobre el final de la gran avenida, Juan Pedro, una y otra vez, repite: “es increíble que aún sigan pasando estas cosas... es increíble”.

Sobre el asfalto, aún se sentía la alta temperatura que había azotado, no sólo a las personas sino a las ruedas del camión. A los 50 grados centígrados llega la temperatura a ras del suelo, sobre el pavimentado camino, en horas del medio día.

El viejo JP –como lo llaman sus compañeros de ruta, aunque sólo tiene 45 años- es muy cuidadoso con el tema. Con veinticinco años sobre camiones transportando mercaderías, en la zona de mayor calor del país, sabe que ese tema no puede dejarse de analizar. Pero, sus pensamientos, no estaban en eso cuando cruzaba el gran puente. Estaba haciendo un recorrido mental por los últimos años de vida, una cuenta de lo pagado en concepto de cometas a los funcionarios de “Puertas del infierno” como a los de “La cueva del loco”. Dos destacamentos, dos representaciones de “la Ley” en las rutas.

Ellos lo conocían bien. Eran casi amigos, después de tantos años. Se había gestado una suerte de camaradería entre señores de palabra. Cada uno haciendo su trabajo, haciendo o no la vista gorda, no importando el membrete que se le pusiera a la labor del otro. Cada uno sabiendo qué pagaba o qué cobraba; cada uno conociendo los límites hasta dónde tirar de la cuerda, detrás de la cual estaban unos y otros, tratando de sobrevivir, dentro del fino margen de lo legal y lo ilegal.

Todo aquél que haya vivido por algún tiempo en zona de fronteras conoce algo del tema. Cómo toda población, no

importa el rol que la persona desempeñe en la ciudad, está pendiente del mismo juego. Un juego, a veces peligroso, otras – aparentemente- inocente, otras veces poco especulativo, pero al cual casi todos están buscando... entrar.

Quizás el lector piense: “De qué fronteras me habla éste...”, pero las zonas de fronteras, o sus zonas de influencia, siempre se parecen. No hay límites precisos, como no hay un punto exacto entre lo legal y lo no-legal en las circunstancias que rodean a la circulación por las rutas terrestres, interminables, del continente. Están los guardianes de la ley y los guardianes de los derechos del pueblo, con su infinidad de rótulos y modus operandi, iniciativas y fines generales y/o particulares, que esgrimen para justificar su accionar.

Lo que a Juan Pedro lo tenía preocupado era que cada vez se extendía más y más, la conocida práctica de pedir, o será mejor decir: “exigir la colaboración obligatoria” o “impuesto de circulación” a los usuarios de las rutas. A los viejos conocidos se sumaban, en los últimos tiempos, toda la gama de organizaciones de piqueteros, contra-piqueteros, los ambientalistas y los contra-ambientalistas; los dueños de los campos y los trabajadores frigoríficos; los de las fábricas de papel y los de los pueblos aledaños. Cada tantos kilómetros asomaba algún grupúsculo de concienzudos ciudadanos que reclamaba algo, en nombre de algún derecho que estaban... buscando... adquirir.

Juan Pedro hacía años que vivía del asfalto y en él. Había empezado su periplo por los caminos como la aventura de recorrer los caminos de América del Sur, como mochilero. Su punto de partida fue la ciudad puerto, la Monrou. El lugar donde había nacido, donde residían sus padres. Desde allí, con la mochila al hombro, se encaminó a la Ciudad de los Jarres, conocida como “Jarres”, popularmente. Poco después encaminó sus pasos hacia el sur, buscando a los hombres de las patas grandes. Las rutas desiertas e interminables le contaron sus historias de indios y gauchos peleando entre sí, por

mandato o capricho de los hombres blancos de aquí, estos hijos de las tierras madres que buscaban... parecerse a su padre infiel, ese que los dejó abandonados a la merced de la intemperie. Pero esos relatos no siempre se veían bien, iban y venían, según soplara el pampa, con un dejo casi amargo que, se sentía en la garganta, cada vez más frío cuanto más al sur iba J. P.

Con paso firme fue haciéndose hombre, con la rapidez del hijo gaacho. Pues, en medio del camino elegido, tuvo que aprender a sortear las vicisitudes del sendero, sólo y sin más compañía que la foto de la vieja por un lado, y la del viejo por el otro. Cada uno le hablaba a su tiempo. Él contemplaba primero la foto del viejo y enseguida la de la vieja, cada uno parecía hablarle y aconsejarle a su modo.

Con 18 años -recién cumplidos allá por principio de los años 70'- y con el dinero ganado como cadete en una farmacia, se compró mochila; unas botas y el equipo para acampar superliviano. Sudamérica lo esperaba –se decía cada tanto. El sueño y los viajes del “Che” lo inspiraron como a toda una generación. Él era hijo de su tiempo: idealista, luchador, emprendedor y -por sobre todas las cosas- joven. Cuando tuvo los elementos necesarios en su mochila se calzó las botas y partió a correr su aventura.

Después de cierto tiempo, aunque las botas eran cómodas, descubrió que un par de zapatillas son más cómodas para los largos caminos del mochilero. Anduvo un tiempo por Jarres; luego partió al sur, hacia la Patagonia. Cruzó la cordillera en un sentido y otro, conoció personas simples y generosas que en más de una oportunidad lo albergaron, aún sin cobrarle. Pero siempre se ofreció a realizar alguna tarea para compensar. Eso le permitió llegar a conocer un poco más que lindos paisajes.

Las rutas desiertas e interminables le contaron sus longevas historias de indios y gauchos peleando entre sí, por mandato y capricho de los hombres blancos, los españoles que

un día salieron buscando... y sus hijos americanos. Éstos gustaban parecerse a sus ancestros europeos y renegaban de su sangre india aportada por sus madres criollas o mestizas y algunas aborígenes que dieron luz a estos hijos supuestamente “blancos”. Copiaron y readaptaron las ideas del viejo continente, ellos, la descendencia europea.

Los blancos intentaron transformar la cultura autóctona, casi domesticar, como a un animal, al hombre de las pampas y de la extensa Patagonia. Algunos caminantes le repitieron viejas historias de sus antepasados indios y mestizos. Cómo aumentaban su caudal unos y cómo perdían sus tierras los otros. Las historias aparecían en medio del camino entre susurros del pampero, que se presentaba frío y tantas veces amargo, cuanto más al sur. El paisaje agreste y cada vez más y más hostil, le mostraba lo duro que es la vida en esos lugares. El viento siempre presente le enseñó y lo ayudó a templar su carácter. La paciencia se impone y la calma es imprescindible a la hora de intentar recorrer los interminables campos llanos, con escasa vegetación, y casi ningún habitante a la vista en cientos de kilómetros. Cada encuentro es una posibilidad de charlar y conversar, pero no siempre la gente se presta al diálogo con el extraño. Hay que ganar su confianza.

Con paso firme fue haciéndose hombre, con la rapidez del hijo gaucho, pues en el medio elegido tuvo que aprender a sortear las vicisitudes del sendero, sólo, sin más compañía que la foto de la vieja y el viejo. Cada uno le decía cosas, como el viento. Las imágenes color sepia estaban perdiendo fuerza, iban desapareciendo y se hacía más difícil recordar cómo eran. La vieja parecía decir: “Cuidate Juancito, cuidate de las muchachas de la calle, mira que te podés... vos sabés...”

El viejo, la noche que salió no le dijo nada, simplemente lo abrazó, lo aferró muy fuerte y no lo quería soltar. Estaba emocionado, un lagrimón rodó por su mejilla, pero no aflojó, no dijo ni mu. Era su voluntad, y como todo padre sabe, los hijos, un día, echan a volar. Al día siguiente de su partida, JP encontró,

entre sus cosas, una nota del padre que le decía: “Juan Pedro, hijo querido, ve a recorrer esos caminos, conoce lo que ahora tan sólo sueñas... Pero nunca olvides que, cuando quieras regresar, en tu casa tus padres te recibirán con gusto.” La nota no decía nada más, pero decía lo necesario. Él guardó la nota y casi se olvidaba de ella, pero cada tanto, surgía, por algún lugar, entre medio de su equipaje, la hoja con la presencia de los padres, que le decían haz tu camino, pero aquí estamos, aquí estamos. Eso le brindaba la seguridad de ser querido, de ser aceptado con sus ideas y deseos de volar.

Poco a poco Juan Pedro recorrió gran parte de la Patagonia, cruzó los Andes, subió hacia la patria de Bolívar y llegó al extremo norte del sur del continente. En su camino siempre buscando eso, sin saber bien qué era, eso que buscaba. Los años fueron pasando y a los 20 años conoció a una artesana, una hermosa mujer de edad similar, aprendiz de hippie. Ella tenía los ojos claros, el cabello largo y fino -que usaba generalmente suelto, aunque a veces, se lo recogía en una trenza única. Juntos recorrieron, por dos años casi, nuevos caminos. Los valles calchaquíes, las sierras de los siete colores, las sierras cordobesas, ida y vuelta hasta las orillas del Paraná. Anduvieron por las tierras del sur del continente, cruzando fronteras, vendiendo artesanías y otras yerbas, consumiendo, alguna que otra vez, alguna sustancia sicodélica. Parte del camino, del aprendizaje. Pronto descubrió que no estaba hecho para eso, no era su camino. Sin embargo estaba enamorado, sentía felicidad de estar con su pareja, de vivir cada día en un lugar diferente. Amanecer en una ciudad diferente, cada día, proporcionaba la sensación de vivir en plena libertad. El sueño era posible, todos los sueños eran posibles. El mundo era para recorrerlo.

Con Patricia, la aprendiz de hippie, tuvo una hija, a la cual nunca conoció, pues cuando ella supo de su estado de preñez partió una mañana sin avisar. La casualidad o el destino, volvió a cruzar sus caminos cuando el fruto de su unión, una niña,

tenía cinco años. Para entonces, Juan Pedro tenía apenas 25 años, pero igual fue un poco tarde para el rol de padre.

Patricia, aunque le explicó que él era el padre, nunca le mencionó, ni se lo dijo a su hija, y tampoco quiso hacerlo ahora. Ella tenía su vida organizada, no precisaba hacer cambios, se dijo. Sin embargo, él quiso ayudar en algo con la niña. Alcanzaron un acuerdo. Él no reclamaría la paternidad, sin embargo, le giraría dinero a una casilla de correo cada tres meses a la ciudad de la fe santa. Todo funcionó bien hasta que, un par de veces, el dinero no apareció. Estaba el sobre con la carta para ella pero no había dinero alguno dentro. Ella no respondió, estaba enfurecida, hasta que un día lo hizo. Él se manifestó indignado e hizo los reclamos. Lo de siempre, algún funcionario infiel se había apropiado del dinero. Mantuvieron ese contacto, cada tanto él recibía una foto de la niña que, claramente, estaba creciendo.

Un día, poco después de que Patricia se fue, Juan Pedro subió a un camión y no lo pudo dejar. Así comenzó su recorrido sobre el asfalto de un modo diferente a como lo había hecho hasta entonces. Es decir, como conductor y no como acompañante, como en sus viajes a dedo, recorriendo bastas regiones.

Como conocía las rutas un viejo camionero lo tomó a prueba, pues era copropietario de una empresa de transporte de cargas. Le dio trabajo, lo conocía de llevarlo varias veces en los viajes realizados por Juan Pedro. La relación entre ellos fue creciendo y crearon un vínculo importante, casi como de un padre y su hijo. JP lo llamaba mi “viejo general”. Eran tiempos del peronismo, en su última etapa antes de que los militares tomaran el poder. Él sabía que las iniciales de sus nombres conformaban las siglas de una vieja organización política. La confianza era recíproca. Una simbiosis ideal, donde el veterano encontraba ese a quien legarle su esfuerzo de tantos años, y para JP era encontrar a ese padre que había quedado al otro lado del Plata.

Así JP fue quedándose en las rutas. Dormía en el camión cuando viajaba, pero al regresar a la casa del General, igualmente dormía en él. Por fuerza de la costumbre, para cuidar el coche, que a ese punto era un aparte incorporada de la vida. Aunque, muchas veces, el viejo le pedía que cuidara la casa. Era una forma de sacarlo del camión, de que tomara contacto con la vida de una casa. El viejo le decía: “Vení a la casa carajo. Vení que te va a ser bien dormir en una cama. Mira que el colchón no come.” JP rara vez accedía. Días después estaba en camino hacia algún destino nuevo.

Viajó como camionero mucho más que como mochilero, aunque había pasado unos cuantos años recorriendo lugares por ese placer de conocer y vivir despertando cada día, en un lugar nuevo. A los treinta y cinco años era un veterano de las rutas. No volvió a bajar del camión. Con los años compró su propio camión. Perdió el rastro de su hija, entonces, invirtió cada centavo en “el mionca”, como le gustaba llamarlo. “El mionca” era su puesto de trabajo y su hogar. Todo estaba allí, hasta la descolorida imagen, color sepia de los padres, donde casi nada se percibía en ellas, pero ahí estaban, en la cabina. También tenía una foto de la hija, una de las que Patricia le enviara. La foto de Pato la tiró un día que estaba muy enojado y algo bebido. No se arrepintió después. Era mejor así. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de ellas y se habían convertido, como sus padres, en una imagen casi de sueño, en esa relación virtual que los unía, por medio del recuerdo, por medio de historias que iba tejiendo sin que hubiese ocurrido nunca. Una forma de inventarse la familia que no tenía, los lazos que no poseía, que extrañaba, pero que eran, quizás, como la de un gaucho. Un gaucho que en vez de caballo montaba un Escania de larga trompa, anaranjado. Una belleza de camión, pero que se iba poniendo viejo, sin embargo, llevaba su carga de un confín a otro, de una ciudad a otra. No importa la distancia, cuando más lejos, mayor la paga –se decía J. P.

Cuando la niña estuvo a punto de cumplir los 15 años, Patricia apareció por la casa del General. Sabía donde estaba la empresa, desde hacía un año, pero nunca apareció por el lugar. No necesitaba realmente nada, estaba trabajando muy bien. Había dejado la actitud de artesana, aunque su vestimenta era casi igual que antes, sólo ciertos hábitos cambiaron en ella.

Tras convivir con un estudiante de Odontología, retomó sus estudios y lo hizo como estudiante de esa carrera, precisamente. Tenía todos los libros a mano, todo el material necesario y una pareja que la estimulaba. Trabajó a la par y eso la ayudó a concretar su meta. Después de recibirse se instaló, poco a poco, y mantuvo a su hija con su trabajo.

Quería hacerle una gran fiesta a su hija, y se acordó, entonces, de J. P. Era una forma de compartir algo con el padre de su hija. En el fondo lo estimaba, pero había hecho una elección, y cuando tomaba una decisión, no daba vuelta a tras.

Un lunes de tarde, apareció por la casa del General. Juan Pedro había salido hacia una ciudad cercana en la madrugada, por lo cual, en horas de la tardecita estaría de regreso. El viejo conocía bien la historia de ellos, así que la invitó a pasar y con mucha sutileza le sacó el motivo de su visita. También le llevó a contar las anécdotas de los últimos 6 años. De cómo había cursado su carrera, que se había recibido y del gran esfuerzo criando a su “pimpollo” –modo como nombraba Patricia a su hija.

Cuando el sol se fue ocultando tras la inasible línea horizontal vieron aparecer las luces del “mionca”. De lejos el general lo reconoció y fueron a esperarlo con Patricia. El encuentro resultó frío y escueto. Quedaron de acuerdo en una suma, la cual él llevaría a un lugar que ella indicó, y que estaba, en el recorrido del próximo destino de J. P. Éste puso una sola condición: ver al “pimpollo”. Aunque hubo una solicitud más, pero que no era condición para darle el dinero, pero sí un pedido firme. Poder compartir con sus padres la visita de su

hija. Esa era una puerta cerrada. Y ella lo hizo saber con voz firme, con resolución y convicción.

–Esa, J. P. es una puerta cerrada con dos llaves –le dijo ella. No se accede... así no más. El tiempo dirá J. P. –sentenció. Tras lo cual se despidió del general, de J. P. y se marchó convencida de que él cumpliría su palabra. Ella, también lo haría.

Aquella tardecita que mutaba a noche sobre el puente que une las márgenes del gran Manguruyú, tenía un gran parecido con aquella otra cuando volvió a ver a Patricia. El aire pesado, bochornoso, era casi el mismo. Por un momento recordó la imagen de ella junto al general, esperando su llegada, la imagen del “pimpollo” cuando fue a entregarle el dinero para la fiesta de los 15 años. Era toda una señorita, tenía una cierto aire a él innegable. Su carácter era el mismo. Hasta el remolino rebelde en la frente, de su lacio cabello castaño, le recordaba a su madre, de quién era hija.

En los pensamientos de J. P. seguía latente aquella cuenta de colaboraciones en los caminos. Cada día había un corte nuevo en las rutas. Primero los piquetes los hacían unos supuestos locos que reclamaban por cuestiones laborales, trabajos perdidos, la no paga de sus salarios, por reivindicaciones de esa índole. Tomaban un tractor y lo ponían en medio de la ruta, con lo cual cortaban la circulación en cualquier sentido por unas horas. A todo el que se acercaba le entregaban unos folletos con sus reclamos al patrón o al encargado de alguna empresa grande. Eran papelitos duplicados con papel carbónico, hechos a mano al principio, muy simple. Poco a poco, todo eso, se fue mejorando y se usaban fotocopias, es decir, la misma estrategia, pero más organizada. Así se llegó a los tiempos modernos y donde los “tiempos difíciles” se hacían más convincentes que nunca; porque eran, más que antes, visibles por la presencia de los medios, y entonces se hacía necesario e indispensable “actuar

para vivir” –tal como reza la canción interpretada por Juan Carlos Baglietto.

Ahora los cortes se sucedían unos a otros, unas veces por la pérdida de fuentes laborales, otras por los derechos de los animales, cuando no es por aquello de “En busca del tiempo perdido” o aquella vez, tan recordada por el general, donde un gran cartel que cruzaba de lado a lado la carretera decía: “En busca de Ricardo III”.

Una y otra vez se preguntó, en noches calurosas como estas, perdido en la somnolencia, sobre aquella suerte de insolencia. Pensaba o razonaba, si es posible razonar durante el estado de ensueño ¿quién era el tal Ricardo III? Quizás algún príncipe, de esos de ahora, esos que son nietos o bisnietos de algún rey o reina –aunque todos sabemos que, en realidad, ya no tienen sus antiguos poderes, aún representan una suerte de unión para ciertos países, una identidad, una forma de participar de la misma comunión. Ya no salen a revolucionar el mundo con grandes batallas, al mando de gigantescos ejércitos... No, eso no. Aunque sí se presentan en estas masivas manifestaciones coordinadas en las redes sociales. Y donde se enciende una cámara seguro están, como ciertos políticos, para que sus imágenes sigan circulando, y se cree la ilusión de ser necesarios para alguien. Así se presentan ante los manifestantes adhiriendo a los derechos de la extraña criatura del Lago Ness, allá en las Tierras Altas de Escocia, que algunos llaman Nessie. Pero en este caso, había un príncipe que se manifestaba por las extrañas criaturas del Lago Titi Caca, que por lo que se supo después son unas grandes ranas que sobrevivían en el lago más alto del mundo. Una leyenda cuenta que son los cuidadores del mundo perdido. Sí, pues parece que se encontró una ciudad Inca escondida en los abismos del lago.

J. P., en medio de la rojiza noche sobre la Avenida de los Cazadores, se disponía a culminar su jornada. Le esperaban un asado con mandioca y ensalada mixta, acompañadas de un par de cervezas bien frías al costado del camión, en lo de “Doña

Laureana”. Era el bar para camioneros más conocido sobre una avenida en la Ciudad de los siete Caminos. Allí era el lugar de reunión de muchísimos camioneros en noches calurosas. Cerca hay varias estaciones de servicio con terrenos lindantes donde se pueden estacionar los remolques, las zorras, el camión entero.

El bar de Doña Laureana, era conocido por la excelencia de sus empanadas. Tan ricas, que una vuelta J. P., que tenía que cruzar , sí o sí, por “Puertas del Infierno”, y no tenía nada que entregar para la cometa, no se le ocurrió mejor idea que llevarle al gordo Juan Domingo Becerra –el principal funcionario del destacamento- una docena y media de aquellas empanadas. Becerra las probó y las aprobó. Después de aquella vez, el gordo, le recordaba a J. P. que tenía que traerle una docena de empanadas nuevamente.

Sentado a una mesa J. P. compartía su “checha” Quilmes con un colega. Si bien se había duchado hacía menos de 10 minutos, una hora y media después de bajar del camión – tras revisar todo el mionca; las ruedas; las luces; los ejes; los señaleros- las gotas de sudor se les escurrían por el rostro curtido. Transpiraba al ritmo de la botella de cerveza. El calor y la humedad son los eternos compañeros en estas rutas del sur del sur. Todo camionero luce dos tonalidades en su piel. En sus brazos y cara se impone un tono cobrizo, amarronado; en cambio la piel bajo la remera o la camisa, es más claro.

El viejo –colega de JP- que lo acompañaba aquella noche, recordó cuando una vez, una de las tantas que tuvo que pasar por Puertas del infierno, le había entregado al sargento primero Becerra, una plantita de Aloe. Era una anécdota risueña pero cierta y casi extravagante; pero no era irreal, sino una de las tantas anécdotas o historias para compartir, vividas por la gente de los camiones en su paso por Puertas del Infierno. Entre el apetito insaciable del sargento y de su segundo el “cancerbero” Eleuterio Trinidad, nada estaba demás. “Todo sirve” –se repetía Eleuterio- y recibía de los

camioneros que transportaban hielo, una bolsa de 5 kilos; del que transportaba bebidas gaseosas, un par de botellas; del que venía del frigorífico, alguna tirita de asado que le cortaban antes de salir, especialmente para la cometa.

La historia de las donaciones un día la contó en una reunión de amigos un estudiante universitario que iba a hacer dedo allí a la rotonda. Lo conocían por el sobrenombre: “El cabeza”. Estaba a 2 Km. de Puertas del Infierno, sobre la zona de la rotonda, hacia el norte, unos pocos pasos sobre la ruta 28.

El Km. 13 es el punto exacto donde se ubica Puertas del Infierno, sobre la ruta 14. Es así conocida popularmente este destacamento pues sus funcionarios parecen verdaderos cancerberos o perros de tres cabezas cuidadores del infierno, según la mitología griega. Y no sería extraño pensar que, al menos uno, posee más de un estómago: El sargento Becerra. Este puesto tiene una subsidiaria, un retén ubicado en la rotonda, alternativamente al norte o al sur, sobre al ruta 28. A esta rotonda “El reencuentro” –tal como el título del cuento de Pedro Buda, ese escritor que siempre menciona en alguna parte de sus cuentos eso de la inasible línea horizontal..., suelen ir algunos funcionarios que buscando... han dado con el precio junto de las llaves. Sí, pues el que define, el que lucha por mantener el control de las llaves de este, justo o injusto negocio es Juan Domingo Becerra. Nadie más que él, es el dueño de las llaves del negocio. A todos, en un momento de sus largas o cortas carreras, de estos compañeros se los ve buscando... las llaves. Entonces, acuerdan con el gordo Becerra que, primero se niega rotundamente, pone tono airado y amenaza con denunciar a quien viene a preguntarle por el tema a él, un funcionario de tan larga trayectoria en el GES. Amenaza con hablar con el “viejo” Principal. Pero, todo queda en nada. Claro, nadie toca a Becerra, porque ciertamente, está protegido por el mismísimo Principal. Y éste por algún otro, de cargo más alto en el sistema. Todos quizás, reciben algún beneficio o favores de

los funcionarios del GES (Grupo de Estrategias Sociales) o del PAGES (Personal Adjunto del GES) que administran el puesto de control que está por la ruta 28 al norte, a unos 11 Km. de ciudad de la Bella Cruz y a 20 Km. de la rotonda - conocido por los camioneros como “Cueva del Loco”.

Estas dos entidades, tiene jurisdicciones distintas, pero en circunstancias casi habituales, suelen actuar en concordancia, converger en algún punto o zona, y buscan brindar seguridad a quienes circulan por las rutas de asfalto o tierra de los países vecinos. Ellos actúan velozmente, deteniendo –ipso facto- a quien infrinja alguna regla, a quien se desvíe del sendero legalmente establecido. Actúan siempre bajo la consigna: “Nadie más allá de los límites de la senda”.

En fin, en el retén el Reencuentro se practica la misma ley. El “cabeza” -apodo del estudiante universitario antes mencionado- sabe que es así, por eso cuando va a hacer dedo, a pedir a los camioneros que lo lleven hacia su ciudad natal, lo hace a unos cuantos pasos más adelante del puesto de control, pues de lo contrario debe pagar a Becerra, o sus subalternos, el precio justo. Nadie escapa de ser posible, pero... Años de acudir al mismo lugar le han enseñado. Le han enseñado a ser sereno, complaciente y equilibrado –como dice una canción del autor de “Menta y Limón”. En fin, el cabeza relató ante sus compañeros estudiantes lo que había visto. A esa reunión no asistí porque no habría asado, y si no hay asado a santo de qué. Todas las rutas llenas de piquetes y contrapiquetes, ni una tira de asado en las góndolas de supermercados, mientras en la rosadita nunca faltan cordero, lechón o alguna mamonita a las brazas. Tampoco faltan en las parrillas de los que cortan las rutas, eso se ve en las fotos de los diarios que informan sobre las novedades en el avance o retroceso de las negociaciones de los reclamos, de los cortes.

Por suerte, de los campos del GES y del PAGES -según informó un alto funcionario del ministerio de carnes- enviarán

vaquitas para abastecer a los frigoríficos, que sino, las gentes se quedarían sin achuras del domingo y sin las costillas. Claro, estos no tienen, como sus vecinos del otro lado del río de los caracoles, un ministro que los bendice con el asadito de José. Benditos los del otro lado.

J. P. siempre piensa que de haber estado en su tierra natal, nunca le hubiera faltado la tirita de asado. Pero él decidió andar por otros caminos, otros luminosos caminos donde hallar la verdad a todas luces. Pero, la vida es la vida, y como el hombre es hombre, apechugó lo que el camino le arrimó. Si, J.P., como el cabeza, saben que la lucha es de igual a igual contra uno mismo y que a veces, sólo a veces, a la hora del entierro se cree más en los milagros –como canta el Juanca Baglietto.

El cabeza hacía su relato, siempre igual, nada cambiaba. Conocía bien su prosa, fidedigna o copia fiel del libro II, del Tomo I, del guión de Buscando... las llaves.

Sí, el cabeza se juntó una vez o dos, no lo sé bien, con J.P. en aquél bar para camioneros, lo de “Doña Laureana”. Allí intercambiaron “Pareceres”, y hablaron de 20 negros y 20 blancos, esos que medio mundo derrumbaron, y de esos que menos mal que existen y de tendrías que, como así también del viejo cambalache. Intercambiaron cuentos, anécdotas, relatos de viaje y un interminable grupo de canciones de aquí y de allá. Un gusto particular por la música los había unido de un modo tangencial. Concluyeron tras esa única o dos reuniones que mantuvieron que, lo peor... aún estaba por venir; pero para eso faltaba mucho. Aunque, con esto no estaba de acuerdo el viejo, el otro camionero, que aunque no fue invitado participó de aquellas reuniones o de esa única reunión. Lo cierto parece ser que el viejo se acomodó una silla y pidió media docena de empanadas y algo de achuras con asado de tira. Las empanaditas de pescado para él y las achuras para su perrita “Francoise” como la llamaba. La cual estaba a su cargo por una breve temporada mientras su amo, el viejo Pantuflo, le rondaba

a esa morocha celestial que rondaba los juzgados, cada Viernes, puntual y de negro siempre, de pies a cabeza. Pero esa es otra historia que no lo contaremos ahora. El amor es otro negocio inventado por los del viejo continente.

Amor, amor, amor... puta no es tan solo aquella que su cuerpo vende, sino también aquél que la compra –algo así dicen los versos del poeta. Y qué razón tenía. Sí, sí lo tenía. Al menos eso se desprende del relato de los funcionarios –fieles a Becerra- el “Yaguá” Jiménez y el “Lucho” Arándano. Frutos prohibidos se exhibían a orillas del camino, bajo las rojas-anaranjadas luces, en las cercanías de Puertas del Infierno.

El relato es fiel, se ajusta en todo o en parte, a lo mencionado –en ronda de truco- por el sargento de segunda Eleuterio Trinidad, mano derecha del Becerra. La cosa es así... “Sobre la margen izquierda del buen camino, mirando hacia la entrada de la luna, que asoma en el extremo distal del puente se encolumnan las señoritas, ad originalis y sobre la margen derecha las señoritas ad hechum...” Así reza la ordenanza de Infinitum Cuorum, promulgadas de corpus presenti por el gran Becerra, que hacía cumplir a la ley aún in ausentia. Becerra siempre aclaró: Es Ley naturalis. Cosa que algunos de sus subordinados nunca entendieron, pero que usaba para recordar que había estudiado Derecho, alguna vez antes de convertirse en funcionario del GES.

Lo cierto es que de estos menesteres se encargaba el “Yaguá” junto con el “Lucho”. El primero siempre pone cara de malo y es el encargado de las señoritas ad hechum. Pasa revista, pide los certificados de salud correspondientes y verifica que porten los elementos de protección en sus respectivas carteritas. Él las llama “mis protegidas”. Estos hombres vestidos de mujer saben con quien tratan, y saben como tenerlo contento. Obedecen y pocas bromas hacen bajo las rojizas luces; mas, sin embargo, en la oficina contigua a la de Becerra, le permiten dar rienda suelta a su instinto animal. El

“yagua”, parece un verdadero can en celo, y aunque tiene una cabeza, se mueve con tanta agilidad entre las piernas de estas señoritas, que pareciera un real cancerbero. Cada noche, después de las 2 de la madrugada, dos señoritas casi siempre, lo acompañan a su despacho. Es su precio, es su pago. Protección, seguridad, por un rato de comprensión.

El “Lucho” recorre el espinel del Norte. No actúa como su compañero, pero cada tanto, se lo ve marcharse, después de las 6 a.m. con la petisa Claudia. Ella lo toma de la mano; pero él se desprende con violencia, siguen caminando hasta la garita del micro y toman después la línea 43. Se pierden en la masa de trabajadores que cruzan el río Manguruyú cada día, hacia sus trabajos, en la Ciudad de los siete caminos. No ocurre siempre, pero crece el rumor de que se encuentran comprometidos. Dicen que el “Lucho” quiere que deje esa vida y se vaya con él para el sur, y así, volver a empezar. Ir a un lugar a dónde nadie los conozca. Él dejaría su trabajo para ocuparse de sus antiguos oficios, trabajador de campo, ganadero, esquilador, un gaucho de tiempos modernos. Él quiso probar la ciudad pero nunca acabó de acostumbrarse a esa vida. El campo le tira, lo lleva en la sangre. Cursó la primaria, un par de años la secundaria, pero no era vida para él esto de la ciudad. Y si bien, en el campo, uno ve y hace cosas alejadas del concepto de lo legal, no había visto las cosas que le tocaron ver estando al mando de Becerra. Acataba, y de buen grado, porque el hombre le había ayudado, atendido, escuchado cuando nadie más lo hizo, tras llegar del campo, con tan pocas palabras y demasiadas preguntas. Él, Becerra, le había ayudado a cursar estudios en la escuela secundaria nocturna, lo protegió cuando nadie más lo hizo. Le dio de comer cuando, aún trabajando 20 horas diarias, se cagaba de hambre. Era la época en que “Lucho” parecía un zombi, una laucha, y de esa época le quedó el apodo que le puso Becerra. Parecía un muerto viviente, flaco, de rostro ojeroso siempre.

En las Puertas del... conoció a Claudia –como él la

llamaba. Estaba metido hasta los codos. Y a ella le gustaba eso. Le hacía sentir importante. Al fin le interesaba a un tipo, más allá de lo físico. Tejían planes para el futuro. Ella tenía lo suyo. Antiguamente, un viejo grandulón, que conducía una moto pequeña, la cuidaba en las calles, pero se las cobraba a diario. A ella, nunca le quedaba un peso encima. Un día conoció al “lucho” a quien ella llamaba “flaco” y supo que trabajaba en la Puerta... Se presentó una noche, preguntó por él, y así empezó a trabajar ahí. Enseguida le quedó claro a Becerra que entre ella y el lucho había algo, así que mandó a los otros a no meterse con la chica. Pero al flaco no le dijo nada. Y como el gordo Becerra apreciaba al lucho no se le cobró comisión nunca a Claudia. Deja vivir -se dijo. Pero por motivos muy claros, Lucho y Claudia, fueron buscando... las llaves juntos, disimuladamente, ante el resto del mundillo de Puertas del Infierno. En algún momento echarían a volar, mientras tanto, habían abierto sendas cuentas de ahorro, y guardaban cada puto centavo que ganaban. Vivían con lo justo, pero a veces se descarriaban, y viajaban a una ciudad a unos 300 kilómetros de distancia, y se perdían un fin de semana, se daban un baño de libertad compartida, soñando con ser un matrimonio perfecto, en una escapada de rutina, lejos de parientes y amigos, de compañeros de trabajo. Lo cierto es que de parientes nada conocían, de amigos se tenían a ellos mismos, y de compañeros era mejor no hablar. Pero soñar es gratis y sin ilusión qué nos queda – se decían. La realidad es, las más de las veces, por demás asfixiante, entonces, que va, jugar, soñar. La vida es ese milagro que buscando... las llaves hacemos posible en el día a día.

Cuando uno mira a estos dos –decía Becerra- cree que existe algo de humano en estas rutas. Sé que está todo podrido, y soy parte de todo esto, pero esto es lo que elegí, esto soy y nada más tengo que esta cuota de poder. No es mucho, pero es lo que hay. Es lo que construí, porque lo que tengo, rompiéndome el culo lo logré. A cuántos tuve que rompérselo

también. ¡Cuánto, cuánto! –pensaba- tuve que compartir con el viejo Principal para estar aquí. Sí, pero la ayuda mutua nos permitió vivir. Es lo que somos, es lo que elegimos –se repetía. No hay destino, hay voluntad de vivir y nada más. Salí del basural, y ahora casa y auto tengo. Cuando tengo el día libre, si quiero engancho la lanchita y salgo a navegar y pescar por el Manguruyú. No es mucho, pero es mío y el lomo puse. ¡Qué carajo si es legal o ilegal! Todos curran, si lo sabré. ¡A cuántos tuve que cuidar! ¡A cuántos más tuve que correr o limpiar! Es parte del vivir. Esto es la vida: una guerra en tiempos de paz. Es él o yo. Mejor él que yo...

Ah –pensaba Becerra- cuando vienen estos abogaditos, con sus libritos, con sus maletines cargados de burocracia y buscando las llaves... pretenden intimidar. Puta que los parió, no saben ellos que una cosa es la ley escrita y otra son los hechos. En la calle, en la ruta, no sobrevivís repitiendo el preámbulo de la Constitución. ¡No! Joder con estos abogaduchos. Ellos andan en cochecitos último modelo, “de tragedia”, impecables. Pero si no estamos nosotros para jugarnos a tiros en la calle, en la ruta, a dónde van a llegar. No muy lejos, claro. Pero en la puta vida te lo reconocen. Sólo, a veces, se hacen los perros p... y dejan pasar la bola, porque te deben una de cuando viajaban a dedo desde la rotonda el Reencuentro.